

Dualidad

Espacio-tiempo o tiempo-espacio

Las personas con discapacidad visual desarrollan en mayor medida, un mecanismo compensatorio, a través del tacto. Su cuerpo les permite, entonces, compensar la ausencia de un sentido incrementando la agudeza de los otros, con ello tienen la posibilidad de integrarse al entorno al que pertenecen. La percepción por medio del tacto tiene lugar cuando se toca una superficie, por lo tanto la percepción háptica se logra con la cooperación de dos modalidades sensoriales: la cinestesia y el tacto. La primera brinda información a través de los movimientos del cuerpo y del sentido muscular, el peso y la posición de los diferentes segmentos corporales; es decir, sobre el comportamiento del cuerpo y su organización en el espacio, así como de las relaciones entre las fuerzas psicológicas y físicas. Mientras que la segunda, el tacto, comunica la forma y el aspecto de las cosas. De esta manera, en la construcción de una composición mental, la persona con discapacidad visual tiende a organizar el conjunto al reconocer primeramente las partes, para luego integrarlas y concebir el total de la forma de un objeto con el que hace contacto. En la percepción táctil, con la cual se adquiere información por medio de la piel o sentido cutáneo, suceden dos procesos principales: el

estático, con el que se perciben la temperatura, el peso y la humedad por medio de la piel y el cuerpo en reposo, y permite describir el aspecto aproximado y esquemático del objeto con el que se hace contacto; y el dinámico, es cuando se mueven el cuerpo y la piel al tocar las texturas, relieves y formas de los objetos, se trata de un proceso que permite la percepción completa de los objetos, al cual se conoce como percepción háptica. Resulta imprescindible referirse a cinestesia y tacto, pues ambas modalidades de la percepción del entorno (por medio de la piel) se relacionan con los conceptos de tiempo y espacio; es decir, “son categorías básicas de la existencia humana”. Es importante, como tema de estudio, para la persona normovisual (término con el cual se designa a quien puede ver), saber cómo conciben ambas experiencias las personas con discapacidad visual y, de manera particular, las personas ciegas. Para quienes cuentan con el sentido de la vista, el tiempo se registra segundo a segundo por medio de relojes mecánicos o electrónicos – fabricados por la mano del hombre–, y también por un reloj biológico –el del cuerpo–; estos relojes marcan el rumbo de las actividades diarias ya propuestas como costumbres sociales: levantarse, bañarse,

vestirse, desayunar, ir al trabajo, a la escuela, etcétera, esos “movimientos cíclicos y repetitivos [...] proporcionan un sentido de seguridad en un mundo en que el impulso general de progreso parece estar siempre orientado hacia delante y hacia arriba”. La persona ciega integrada al ritmo de vida actual, prácticamente lleva a cabo las mismas actividades del común de la gente y cuenta incluso con relojes de pulsera táctiles o con relojes parlantes que le proporcionan la hora, aunque por su condición, los distintos momentos del día con sus respectivos cambios tonales y de iluminación son para ellos casi iguales, o sea, con el predominio de la oscuridad; al respecto, la temperatura es uno de los indicativos del paso del tiempo. “Ante todo encontramos el tiempo en los entes mutables; el cambio se produce en el tiempo.” Las personas ciegas se perciben como entes mutables –en opinión personal–, porque son ellos quienes deben integrarse a los diferentes momentos de las veinticuatro horas de un día, para adaptarse a una sociedad siempre en movimiento. Ante este hecho, la persona con discapacidad visual siempre hace uso de la percepción háptica, pues ofrece la posibilidad de percibir, entre otros elementos, el medio ambiente, caracterizado por la humedad, el frío, el calor o la sequedad, indicativos de sucesos próximos a acontecer; por ejemplo, el transcurso del amanecer al mediodía implica adaptar sus actividades diarias. Hay personas con discapacidad visual que han logrado un dominio máximo del

tiempo sin utilizar instrumento alguno de medición, su reloj biológico es la herramienta que marca los ciclos y los tiempos para las actividades diarias de la vida y es tan exacto como una máquina. Heidegger se cuestionaba: “cuánto-tiempo”, “cuándo”, “desde cuándo-hasta-cuándo”, y cabía la pregunta ¿será esto funcional tanto para una persona ciega tardía como para una persona ciega de nacimiento? “Sólo en tanto el tiempo está constituido homogéneamente puede ser medido. El tiempo es así un desenrollar, cuyos estadios guardan entre sí la relación de un antes y un después”.

Como un planteamiento hipotético, pareciera que el sentido interpretativo de unos y otros (personas ciegas de nacimiento y ciegas tardías) son diferentes; el tiempo es distinto para la persona ciega que alguna vez vio, y para la que nunca ha tenido contacto visual con el mundo donde vive. Este hecho ha sido confirmado en diversas entrevistas a personas ciegas, quienes han corroborado que la persona normovisual en algún momento de su vida, tiene registradas en su mente las distancias de los lugares que conoció, distancias equivalentes a espacios medibles. Al respecto, “hay un acuerdo entre los especialistas de que son conceptos que no pueden estar desvinculados”; “para hablar de tiempo también es necesario hablar de espacio, y a la inversa”. Ese tiempo cíclico, “como un fenómeno natural al cual debemos adaptarnos por fuerza”, forma parte del ritmo de

vida común que la modernidad ha marcado en las grandes ciudades y al cual las personas carentes del sentido de la vista deben integrarse para vivir lo más normalmente posible; en definitiva, la persona con discapacidad visual ha debido adaptarse al tiempo, al movimiento de la gente normovisual, quien marca las pautas del ritmo de vida y de trabajo que la gente con alguna discapacidad física no puede asumir en su totalidad. En el mismo tenor, Harvey comenta: El espacio también es tratado como un hecho de la naturaleza, naturalizado a través de la atribución de significados cotidianos de sentido común. En cierta forma más complejo que el tiempo –tiene dirección, área, forma, diseño y volumen como atributos clave, así como distancia–, lo tratamos, por lo general, como un atributo objetivo de las cosas que pueden medirse y, por lo tanto, acotarse.

Cuando una persona pierde el sentido de la vista, desarrolla un mecanismo de compensación con los otros sentidos, en especial el tacto, que le ayudará a reintegrarse al entorno inmediato donde vive y se desarrolla. La cinestesia y el tacto la apoyarán para ubicarse en el espacio en un tiempo dado, toda vez que son entes abstractos posibles de percibir pero no de tocar. El espacio que nos rodea “no lo podemos ver pero sabemos que está ahí, entre nosotros, como algo que podemos percibir e incluso medir”.

El tacto activo proporciona información acerca de las formas,

tamaños y texturas de los objetos que forman parte de la realidad palpable. Resulta, entonces, de gran interés determinar cómo se conjuga la dualidad espacio-tiempo o tiempo-espacio, de qué manera: la cinestesia marca los movimientos y el tiempo de los procesos realizados para que la persona ciega se ubique espacialmente en el lugar donde se encuentra. La cinestesia refiere la sensación de movimiento y de posición de un miembro estático. Las fuentes de información acerca de la cinestesia incluyen el monitoreo de las órdenes enviadas a los músculos y la información proveniente de receptores sensoriales, complementada por información visual, auditiva y táctil. Cuando la información cinestésica y la información auditiva difieren, la gente confía más en la cinestesia que en la audición.

Por lo tanto, gracias al movimiento de los músculos de su cuerpo, en cada una de sus partes, la persona ciega se ubica espacialmente con la ayuda de un bastón que funge como la extensión misma de una de sus extremidades, del brazo y la mano, al sustituir la piel de ambos. El tacto marca también el espacio, ¿cómo?: al tocar, al examinar los objetos, los alrededores y mediante un reconocimiento de las formas, las texturas, las dimensiones, el peso y la temperatura de las cosas. En este sentido, comentan Matlin y Foley: “De acuerdo con la teoría de fondo, de James J. Gibson, la percepción de la distancia depende de la información proporcionada por las superficies en el medio. El basamento, pisos y paredes de los

edificios son ejemplos de las superficies que nos proporcionan información. En el mundo real, estas superficies nos ayudan a conocer la distancia de los objetos”. La teoría de fondo propone establecer mentalmente las estructuras del medio para conocer el entorno y el espacio, en el caso de las personas con discapacidad visual, pues al hacer uso del sentido del tacto, tocan activamente las estructuras aunque no en su dimensión total; esto les permite establecer áreas o zonas límite donde pueden moverse. “Un camino objetivamente largo puede ser más corto que otro objetivamente muy corto, pero que quizá es difícil y se le hace a uno infinitamente largo.” Esta idea alude a la variabilidad de la distancia que tienen las personas ciegas de nacimiento y las personas ciegas tardías, quienes perciben distancias diferentes en determinados recorridos, lo cual hace patente el binomio espacio-tiempo (como parte del conocimiento previo de estas distancias). Merleau Ponty afirma que “en su relación con las cosas, el cuerpo establece una distancia y un sentido del ser. Mi cuerpo, incluso, es una cosa entre las cosas, pero finalmente es el que ve y toca”. Asimismo, Matlin y Foley señalan que “las primeras teorías de Gibson enfatizaban la importancia de los gradientes de textura [...] o del cambio en la forma como se ven las cosas mientras nos movemos en el espacio”, en este aspecto los binomios espacio-tiempo y percepción táctil y cinestésica son potencialmente binomios de conocimiento para el ser humano. Conocer o reconocer espacios en

un tiempo determinado sucederá de manera distinto entre una persona ciega y otra normovisual, ya que el proceso será más rápido en la persona que puede ver, mientras que en la persona ciega el proceso de construcción del entorno partirá de experiencias pasadas ya integradas en su mente. De igual manera, la persona con discapacidad visual requerirá de múltiples percepciones corporales (cinestésicas, táctiles y de los demás sentidos del cuerpo), para concebir el espacio-tiempo, por ejemplo los sonidos, los olores, las texturas y las temperaturas. Por otra parte, es preciso resaltar el desarrollo que muchas personas con discapacidad visual han experimentado en torno a un fenómeno conocido como ecolocación, término utilizado para designar la posibilidad de la localización auditiva. Matlin y Foley han citado el término y señalan que muchos animales, los murciélagos y los búhos, entre otros, desarrollan un sentido-radar, con el cual perciben el eco de sus emisiones. Los seres humanos, por su parte, tienen este sentido, pero no lo desarrollan pues cuentan con la vista, el principal de los sentidos. El sonido de los pies al caminar o el de la voz al emitir palabras por la boca, marcan un tiempo que es percibido por el individuo para actuar en un espacio determinado. Así, el binomio espacio-tiempo sigue presente; al respecto, señala Cisneros Sosa: La dirección del sujeto resulta clave. El sujeto se orienta en el espacio “cuidándose” bajo un conjunto de señales orientadoras. Éstas pueden ser

cualquier cosa, ya que han sido internalizadas y han sido convertidas en cultura. Las cosas son señales, expresión de algo, ya sea de manera formal o informal. Podemos advertir así un mundo de señales, como cosas o como indicadores de la naturaleza y del cuerpo, que resultan siempre útiles, que orientan el movimiento del sujeto en el espacio.

Para las personas con discapacidad visual, una dirección (rumbo que el cuerpo humano sigue al moverse) estará indicada a partir de señales que la ecolocación les puede brindar, en un espacio y un tiempo determinados. El mundo particular de cada persona es un mundo de señales que utiliza para poder desplazarse y cubrir distancias de acuerdo con premisas propias que forman parte de la cultura de cada ser humano; por su condición las personas con discapacidad visual fungen como artífices de dichas premisas en ese proceso del conocimiento. A partir de ello, Ramírez comenta: El tiempo y el espacio son elementos que definen o transforman identidades, narrativas, imaginarios y representaciones simbólicas que son abordadas desde los estudios culturales, antropológicos y semióticos. La posibilidad de integrar a la visión de la producción, la vivencia o el imaginario simbólico del espacio (Lefebvre, 1991; May y Thrift, 2001:5), son acercamientos que tienen que ver con esta dimensión, que se abre a analizar narrativas, representaciones y lugares culturales e imaginarios.

La percepción del tiempo y del espacio, asociados a la concepción del mundo, parte de los imaginarios generados de las vivencias dentro del entorno; esto produce símbolos propios de un conglomerado o de un solo individuo, y en donde las personas ciegas crean su propia cultura inherente a la de un mundo necesariamente visual.